





El libro de la escritura vital



Manuel Pimentel

El libro de la escritura vital

Cómo escribir la novela de tu vida



ALMUZARA
2010

© MANUEL PIMENTEL SILES, 2010
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2010

Primera edición: febrero de 2010

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Colección BIBLIOTECA DE DESARROLLO PERSONAL
EDITORIAL ALMUZARA
Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
Editor: JAVIER ORTEGA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

I.S.B.N: 978-84-92924-01-1
Depósito Legal: CO-49-10
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE



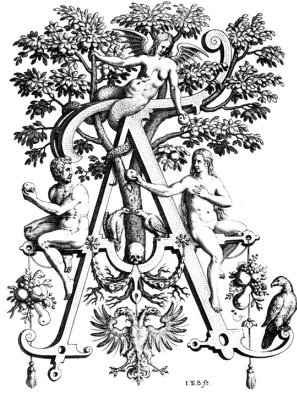


<i>ADVERTENCIAS DEL AUTOR</i>	13
<i>PRÓLOGO</i>	15
Una idea que surgió desde la adversidad.....	15
¿Qué es la escritura vital?	18
LA EXTRAORDINARIA FUERZA DEL LENGUAJE Y LA	
NARRACIÓN	21
Somos lenguaje.....	21
La magia del relato.....	23
¿Está escrito el futuro?	26
¿ POR QUÉ NOVELA?	31
Aclaremos el género literario	31
No es cuento	31
Ni autobiografía, ni biografía	32
Tampoco historia.....	33
Ni comedia, ni filosofía, ni cine.....	35
TU PERSONAJE A ESTUDIO	37
¿Quién es tu personaje?	37
Cómo soy, cómo me veo, cómo me ven: la esencia de tu	
personaje.....	40
Conviértete en observador externo y narra... ..	42
No existen dos personajes idénticos: eres único	44

Los personajes en la novela	46
¿Escogemos a nuestro personaje?.....	49
¿Quién gobierna tu personaje?.....	53
Estatus y rol de los personajes.....	55
Ser y deber ser	57
Caracterización psicológica de los personajes	58
RECONÓCETE COMO ESCRITOR VITAL.....	65
No todos los que viven son escritores vitales... ..	65
Los actos y acciones son las palabras del escritor vital	68
Cada vida compone una apasionante novela	70
Escribes sobre tu memoria.....	71
Conviértete en escritor vital.....	73
¿Eres libre como escritor?	75
La humanidad, una biblioteca viva e inabarcable	79
Conflictos, dilemas y crisis, consustanciales a la novela y a la vida	80
¿Cómo te conviertes en un buen escritor? La relación con otros escritores	87
Talento, vocación y actitud	92
El síndrome del folio en blanco	93
¿Puedo escribir mi futuro?.....	95
TÉCNICAS DE ESCRITURA VITAL	97
Esfuerzo y entusiasmo	97
Lee como escritor, escribe como lector	101
Legibilidad	103
Gramática básica para el escritor vital.....	105
Desde la gramática vital a la novela de tu vida	113
1. ESTILO	117
Las formas, tan importantes como el fondo.....	117
Consigue tu propio estilo.....	121
De cómo tu personaje adquirió su estilo	124

Lo que dices y lo que haces. Lenguaje oral frente al escrito .	125
Uso de los signos de puntuación	127
Calidad de redacción y de prosa. Errores a evitar	130
2. EL ARGUMENTO	133
Personajes y argumentos.....	133
¿Tienes el guión pensado, o vives sin plan?	137
3. LA ESTRUCTURA	139
Escribes en primera persona	139
Pasado, presente y futuro.....	142
Principio y final	145
Proceso de revisión del conjunto	147
QUIERO SER TU EDITOR	153
¿Qué es un editor?.....	153
Funciones básicas del editor	156
Titula tu novela, te ayudará a conocerte.....	159
Diseño de portada y apariencias.....	161
Relación entre escritor y editor	162
El lector.....	164
Autorrealización del escritor vital, última tarea del editor....	166
APUNTES PARA UN TALLER DE ESCRITURA VITAL.....	169
¿Qué es un Taller de Escritura Vital?	169
Objetivos del Taller de Escritura Vital.....	171
<i>EPÍLOGO</i>	177
<i>BREVE COROLARIO DEL EDITOR</i>	179

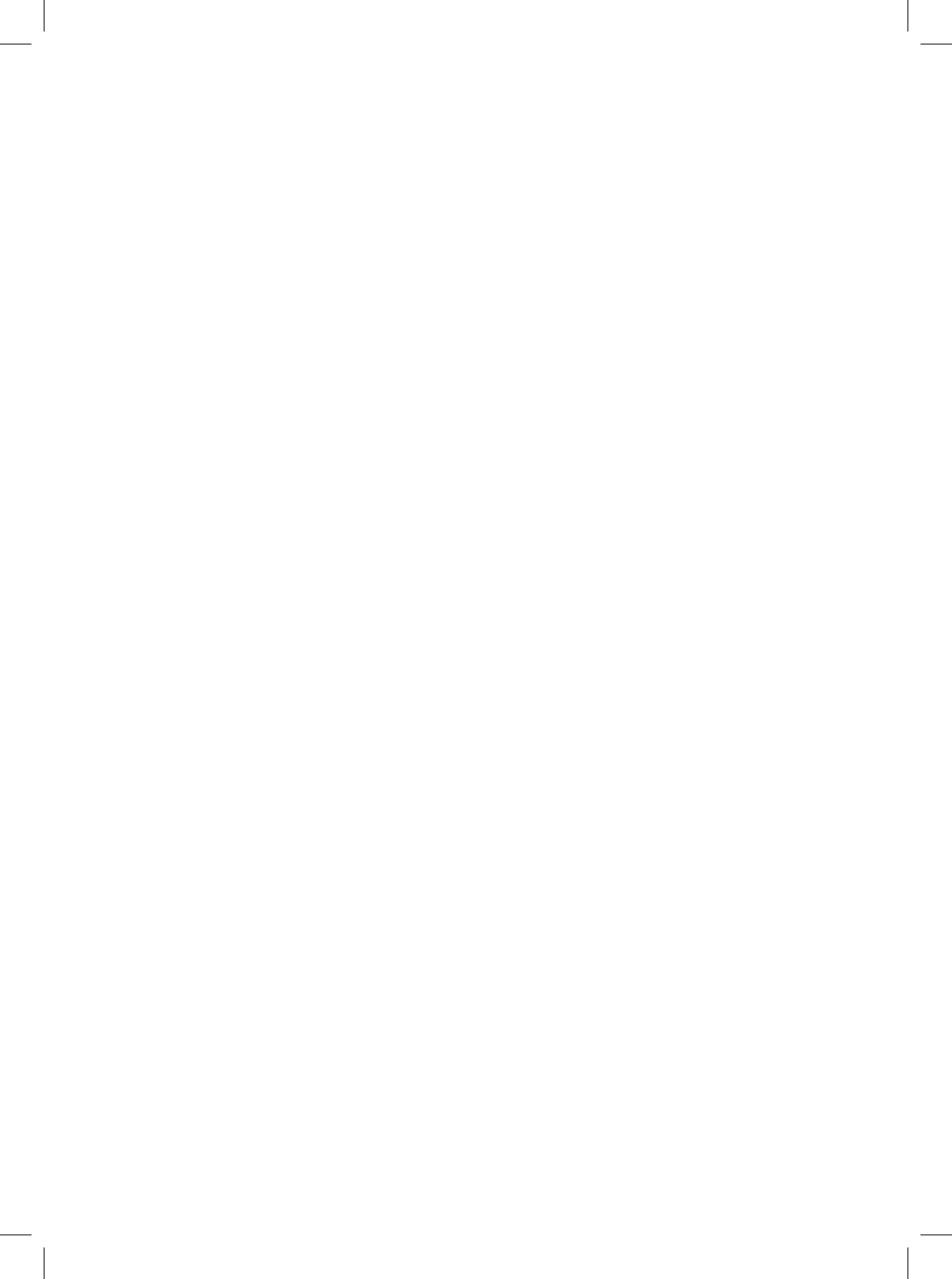




ADVERTENCIAS DEL AUTOR

Escribes con tus actos la novela de tu vida. La vida es novela, y la novela vida. Por eso, confundiremos una y otra en este breve ensayo sobre escritura vital. No intentes, al leerlo, marcar fronteras entre sus reinos; déjate llevar por las emociones de su lectura. Tanto la novela como la vida se reconocen en la esencia misma de tu existencia, porque eres el espejo en el que ambas se reflejan.

Este ensayo va dirigido por igual a mujeres y hombres, a hombres y mujeres. Utilizo el masculino como genérico, para hacer más fluida su lectura.





PRÓLOGO

Una idea que surgió desde la adversidad

Hace algo más de cinco años, decidí dar un giro a mi vida y convertirme en editor. Almuzara nació en abril de 2004, sin otro capital que el entusiasmo. Tuvimos suerte y en apenas cuatro años participábamos en otros tres sellos y disfrutábamos de una razonable distribución nacional e internacional. Logramos convertirnos en una editorial media en el ámbito de la lengua española. Pero también cometimos errores y sufrimos importantes impagos que ocasionaron que, a mediados de 2008, entráramos en una profunda crisis financiera. Por vez primera retrasábamos pagos, devolvíamos pagarés y teníamos que prescindir de algunos colaboradores valiosos. Inicié este libro en el momento más complicado de toda mi vida empresarial. Sin liquidez alguna, amenazado con embargos, y aplastado por deudas que se me antojaban impagables. Pero no quise rendirme. Apreté los dientes, y me entregué por completo a la dura tarea de sortear los envites de una crisis económica devastadora.

Fue entonces cuando comencé a darle vueltas a una idea

tan simple como atractiva. Mi vida era como una novela que yo protagonizaba, con sus altibajos, sus momentos de felicidad y sus padecimientos. Mientras más lo pensaba, más me sorprendía del paralelismo entre la novela y la vida. Habrás escuchado mil veces la expresión de que la realidad siempre supera la ficción, ¿verdad? Pues así es. Puedes comprobarlo en tu propia experiencia. Seguro que te habrán ocurrido cosas que ni siquiera el guionista más osado hubiera podido llegar a imaginar jamás.

Si mi tesis resultaba acertada y la vida de cada uno componía en verdad una novela, ¿sería posible mejorar su argumento? ¿Somos sus personajes protagonistas? ¿Podemos escribir nuestro futuro? ¿Le serían aplicables las técnicas literarias que usan los escritores? Responder a esas preguntas significaba adentrarme en un camino inexplorado, de dudoso desenlace. Pese a los riesgos, decidí recorrerlo. Comencé a leer, a reflexionar, y, sobre todo, a experimentar. Al fin y al cabo era escritor y editor y tenía a mi disposición un excelente campo de prueba. A medida que avanzaba en mis indagaciones, más me asombraba la estrecha relación entre la escritura y la vida. Y así, poco a poco, llegué a las conclusiones que expongo en este libro.

Vas a conocer la novela de tu vida. Y, para ello, puedes comenzar con un sencillo ejercicio: obsérvala *desde fuera*. Abandona tu subjetividad y *sal* mentalmente de ella para convertirte en espectador de tu propia función. Te verás entonces como un personaje de una obra literaria, o como un actor en una obra de teatro. Yo lo hice. Me figuraba mi propia vida de editor como si fuera una novela —al fin y al cabo es bastante literaria— y las dificultades del momento se relativizaban. Una editorial es siempre una actividad arriesgada, y todas las que hoy florecen, atravesaron en el pasado sus momentos de dificultad. Pasar el sarampión durante la infancia te inmuniza para el resto de tu

vida. Estas reflexiones me daban fuerza para encarar los sinsabores de cada nuevo día de tensión y conflicto, con la certeza de que son los capítulos duros y amargos de la vida los que forjan la entereza de sus personajes.

Descubrí entonces la ventaja de contemplar la propia vida como si de una novela se tratase. A través de este proceso se adquiere la extraña clarividencia del conjunto. Había leído que Sartre hizo algo parecido cuando padecía como soldado en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Supo encontrar su propia terapia al *salirse* del momento para incardinarlo dentro de una vida que ya imaginaba por aquel entonces prolongada y fructífera. Se imaginaba como futuro lector de su propia biografía, en la que llegaría a convertirse en un sólido intelectual. Entonces encontró el sentido de la experiencia que padecía. Entendió que la autobiografía no es tan sólo un relato del pasado, sino también un poderoso motor de futuro. Le funcionó. Logró sobrevivir a los desastres de la guerra porque encajó el episodio bélico dentro del relato de su propia existencia. Comprendió que su vida era una novela que protagonizaba y supo verse desde fuera como un personaje. Siempre contó con orgullo los avatares de aquel sufrimiento.

Desconozco en qué momento de tu vida ha caído este libro entre tus manos. Puede que atraveses una etapa feliz o que, por el contrario, sufras por enfermedad, desamor, soledad o desempleo. No sé si eres una persona joven o si ya has recorrido una buena parte de los caminos de tu vida. Para todos estos supuestos servirá mi primer consejo de editor. *Sal* de tu propia vida y obsévala como si fuera una novela que protagonizas. Reconoce a tu personaje en ella. Ya lo dijo Milan Kundera: el novelista no es ni un historiador ni un profeta, es un explorador de la existencia. Bonita reflexión. Explorador de la existencia... ¿Acaso has hecho otra cosa que explorarla desde que naciste?

¿Qué es la escritura vital?

Eres el personaje principal de una trama en la que se entremezclan pasiones, amores, ilusiones y frustraciones. Piénsalo. Ningún condimento de la novela es ajeno a tu propia existencia. Tu vida es la novela que protagonizas y que escribes con tus acciones, tus decisiones y tus palabras. Escribes cada día su argumento con tus actos. Por eso, además de protagonista, podemos considerarte también como su escritor. Y si llamamos escritores a las personas que escriben novelas, bautizaremos como escritores vitales a las personas que aspiran a mejorar la novela de su propia vida. La escritura vital conlleva la capacidad de reconocer a nuestro personaje, de comprender en su conjunto la novela que vivimos y la posibilidad de mejorarla a través de un método basado en las técnicas literarias y gramaticales que utilizan los grandes escritores. Este ensayo servirá tanto para los que buscan mayor plenitud en su vida, como para aquellos que desean mejorar su escritura gracias a las enseñanzas emanadas de la pasión por vivir.

Dado que eres un personaje de la novela que escribes con tu vida, te invitamos a conocer algunos fundamentos de la escritura vital. Compartir las reflexiones de los mejores novelistas te ayudará a escribir mejor tu propia existencia. Para ello, alternaré teoría y práctica. No se trata, tan sólo, de que comprendas la realidad literaria que encarna tu vida, sino, sobre todo, de que puedas usar la enseñanza de la escritura vital para mejorarla. Si los escritores perfeccionan su estilo y su técnica, ¿no podemos conseguirlo nosotros como escritores vitales? Este es el gran reto que nos propondremos en las páginas siguientes. Basta que comprendas el hecho literario de tu vida para que conformes en mayor grado el devenir de tus días. Es posible que hayas vivido hasta ahora como un figurante secundario,

relegado por las iniciativas de los otros. Una vez que entiendas bien a tu personaje, con sus talentos, sus limitaciones y sus circunstancias, podrás marcarte el ambicioso objetivo de adquirir un mayor protagonismo en tu existencia.

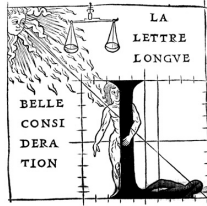
La vida de cada uno de nosotros es una novela; escribimos su argumento con la tinta indeleble de los actos y las decisiones de cada día. Tu novela no sólo depende de un destino ciego y azaroso: en gran parte vendrá determinada por los caminos que emprenda tu personaje. Puedes orientarlo para influir de forma positiva en su trama futura, una vez que hayas comprendido el poder que atesoras como escritor vital.

La vida tiene su propia gramática. El lenguaje es un sistema complejo asombrosamente evolucionado, casi perfecto. Nos basaremos en sus reglas y principios para vivir de forma más plena. Dedicaremos un amplio capítulo a conocer las técnicas básicas de la escritura vital, que te serán muy útiles para conocerte mejor y para construir el argumento de vida más coherente con tu propio personaje. Esbozaremos, asimismo, los rudimentos de los Talleres de Escritura Vital. Las personas que lleguen a participar en ellos podrán desarrollar de forma práctica, sobre su propia vida, los conocimientos expuestos en este libro. Si la escritura se perfecciona en un taller literario, la forma en la que escribimos nuestra vida puede mejorarse en un Taller de Escritura Vital. Con la ayuda de un maestro —que llamaremos editor vital— y el apoyo del resto de los participantes, aprenderemos a escribir mejor la trama de nuestra existencia, a mejorar nuestra vida a través de la sabiduría del escritor vital y a tomar conciencia de su potencial.

Preciso de tu autorización para adentrarme en tu vida. Permíteme que me convierta en tu editor a través de estas líneas. Al fin y al cabo, todo escritor precisa de un buen editor. Así, podremos trabajar juntos. Te ayudaré a ver tu obra desde fuera, como un todo, al proporcionarte una perspectiva externa.

Prepárate a descubrir tanto al escritor que llevas dentro como la fuerza transformadora de la escritura vital.

Si continúas con la lectura, habrás aceptado el compromiso editorial que te permitirá avanzar en el juego de la vida y de su literatura.



LA EXTRAORDINARIA FUERZA DEL LENGUAJE Y LA NARRACIÓN

Somos lenguaje

Para comprender el mecanismo esencial de la novela de tu vida, precisarás del lenguaje y las palabras. Los escritores las utilizan para comprender el mundo en el que viven. Por eso, antes de avanzar con el método de la escritura vital, reflexionaremos sobre esas realidades tan cercanas, pero increíbles, que suponen las palabras y el lenguaje. No te preocupes, serán unas pocas líneas que te ayudarán a interiorizar el valor —mágico a veces— que atesoran. Son un arma de munición simbólica de sorprendente precisión. Pueden crear y destruir, enamorar o repeler, ensalzar o denigrar. Y es que, cuando son utilizadas con sabiduría, poseen una extraña fuerza inmanente que las dota de un enorme poder terapéutico y transformador.

Nuestra mente pertenece al universo de las palabras, que son los ladrillos que configuran la estructura del pensamiento. Pensamos y razonamos hilando un discurso mental. Chomsky demostró que la capacidad del lenguaje está implícitamente

grabada en nuestros genes. Nacemos con la capacidad innata del lenguaje. Por eso, las palabras son mucho más que un sonido con significado; no se limitan a nombrar el mundo que nos rodea, sino que, de alguna forma, también lo crean para nosotros. Nombrar, es conocer.

Eres, sobre todo, lenguaje. Tu mente sólo puede explicar lo que sucede —también lo que te sucede— a través de las palabras. Precisas de la palabra para describir lo que haces o lo que sientes. Su fuerza trasciende el hecho de la comunicación para convertirse en alma esencial de una humanidad que no existiría fuera de ese lenguaje que la conforma.

El filólogo Humboldt distinguió entre el lenguaje como energía y el lenguaje como obra. A esta segunda acepción pertenecerían las gramáticas, los comentarios de texto y la historia de la literatura. Nosotros trabajaremos con la primera, con la energía del lenguaje, la que nos hace nombrar cosas, crear conceptos, comunicarnos y... vivir.

La capacidad de aprender y utilizar el lenguaje es una de las más poderosas potencias de nuestra mente. Sin realizar ningún esfuerzo aparente, entendemos al instante los mensajes que nuestro interlocutor nos hace llegar. Al responderle, encontramos con idéntica premura las palabras precisas, colocadas y relacionadas según las reglas de una lengua. Esa operación, que tan fácil nos parece, esconde en verdad un complejísimo proceso simbólico que ni siquiera las computadoras más potentes son capaces de reproducir. Formamos nuestros pensamientos mediante el uso del lenguaje, avanzamos con los razonamientos al enlazar frases. Para que algo deje de ser una intuición y se convierta en una idea, es preciso que seamos capaces de traducirla al lenguaje. Juan José Millás repite que quien escribe mal es imposible que pueda pensar bien. Le fallará el soporte lingüístico del pensamiento.

¿Cómo descubrir lo que pienso antes de decirlo?, se inte-

rrogaba con inteligencia el novelista Forster. Pensamos con palabras. Para avanzar en nuestros pensamientos precisamos el andamiaje de las frases. Aunque existen otras formas de pensamiento intuitivo, el lenguaje configura la estructura básica de nuestro razonamiento interno. El hombre es un diálogo interior, escribió Pascal. Kant definió el pensamiento como la capacidad de hablarse a uno mismo. Sin lenguaje no existiría el pensamiento ni la cognición compleja. Compruébalo. Intenta reflexionar sobre lo que estás leyendo. ¿Puedes conseguirlo sin usar mentalmente el lenguaje? Probablemente no, porque, para pensar, debes hablarte a ti mismo.

Además de para reflexionar y comunicar, el lenguaje sirve para vivir. Nosotros utilizaremos ese símil: escribes tu vida con la literatura de tus actos. ¿Y cuál es el lenguaje de la vida? Al igual que una lengua se basa en las palabras y en unas reglas gramaticales, la novela de nuestras vidas se construye como consecuencia de nuestros actos y decisiones, que son los ladrillos de nuestra existencia. Existe un lenguaje de la vida. Ya explicaremos sus reglas gramaticales más adelante.

El sistema del lenguaje ha evolucionado con la Humanidad a lo largo de miles de años para alcanzar la perfección actual. La tesis última de este libro es bien sencilla: utilizaremos sus reglas y su íntima sabiduría para mejorar nuestra vida. No encontraremos cimientos más sólidos para la construcción práctica de nuestras vidas que las enseñanzas de un sistema perfecto: la lengua.

La magia del relato

Gracias al lenguaje, existen los relatos. Tu vida es una novela que puedes narrar. Si lo haces, comprenderás mejor el mecanismo

interior que la impulsa y rige. Somos literatura. La literatura y la vida se miran al espejo y se reconocen mutuamente. Quien lee, aprende de la vida; quien vive, valora la fuerza vital de la literatura. Somos lectores de literatura y de vida. Percibimos la realidad a través del relato que de ella construimos. Roland Barthes, padre de la *narratología*, escribió que, bajo infinitas formas, el relato está presente en todas las épocas, en todos los lugares, en todas las sociedades; no hay, no ha habido un pueblo sin relato. El relato —continuaba— está ahí, como la vida. Tenía razón. Como la vida. De hecho, el relato de nuestra vida entera conforma la novela que escribimos con nuestros acontecimientos. El relato no sólo es una recreación verbal de una historia. Es también fuente creadora para los terceros que la escuchan o leen. La palabra no sólo describe la vida, sino que, de alguna forma, también la otorga. Cuando narro una historia, moldeo una realidad mental que puedo compartir con otros. Por eso, si narro mi existencia, también la construyo, la acoto, hasta conseguir hacer entendible lo que simplemente era una sucesión de actos y vivencias. Si alguien me cuenta la vida de un tercero, la está creando para mi mente. Aunque no lo conozca, ya está vivo para mí. El relato extiende su fuerza creadora a todos los que alcanza.

Comprendemos el mundo por los relatos que nos han contado de él. Aprendimos la religión o la historia, por ejemplo, como si fueran un relato. Igual ocurre con la ciencia, la más fría de las disciplinas. Una teoría sólo era útil, repetía Einstein, si podía ser explicada a un niño mediante palabras. Somos seres relatores, que nos comunicamos mediante historias. Y si la historia humana es un largo relato, la vida de cada uno de nosotros también. Es el relato lo que otorga coherencia e inteligibilidad a nuestra existencia. Estamos rodeados por una telaraña de lenguaje. Durante miles de años, los pueblos transmitieron de forma oral su historia, sus leyendas y canciones de generación

en generación. En África repiten una frase sabia: cuando un viejo muere, desaparece una biblioteca. Oralmente, antaño, y de forma escrita, hogaño, la Humanidad precisó del relato, la literatura de la vida. Paul Auster escribió que las historias no sucedían más que a aquellos que eran capaces de contarlas.

Para los demás, tú eres un personaje y su relato. Cuando le hablen de ti por vez primera a alguien le contarán los hitos básicos de tu vida. A qué te dedicas, qué haces, cuál es tu familia. Tu fama te precede, y, como bien dijo Rilke, la fama es el conjunto de malentendidos que pesan sobre una persona. Serán muchos los que piensan que te conocen porque alguien les contó un día el relato parcial de tu existencia.

El relato nos trasciende. Nos permite compartir la vida de otros, ponernos en su lugar. Cuando vivimos dentro de algún personaje de novela, sentimos como él. La literatura consigue la transmutación de nuestras almas. Es algo mágico, prodigioso, que sucede cada vez que leemos un buen libro. Viviendo en otros, podemos compartir su desgracia o su felicidad. Auster escribió en *Brooklyn Follies* que cuando una persona logra vivir dentro de una historia, las penas de su mundo desaparecen. ¿No es esa la alquimia de la literatura?

El relato no sólo narra el pasado y el presente. Su fuerza inmanente se proyecta también hacia el futuro. Algunas creencias religiosas y filosóficas creen en la predestinación. Predican que el futuro está escrito, que nada se puede hacer por evitarlo. Resulta curioso que también se utilice en este caso el símil de la escritura, del relato. Los Profetas de cada religión utilizaron los Libros para llevar la Palabra de Dios. La Biblia, el Corán, la Torá y otros tantos textos religiosos han sido venerados durante siglos por sus fieles. Las palabras divinas se depositan en los Libros Sagrados para que la Humanidad las comprenda. Las palabras nos guían, nos hacen. Hasta lo más Alto tiene reflejo a través de las letras. Incluso, el propio destino, según

los predeterministas, está escrito. Todo es escritura, nada puede escapar de ella.

El lenguaje, las palabras y las letras se encuentran en el origen mismo de la vida. La biotecnología, una de las ciencias de vanguardia, ha utilizado letras para determinar los pares de bases del ADN que transmite nuestra herencia genética. Watson y Crick descubrieron que la doble hélice del ADN es una larguísima frase que conjuga tan sólo cuatro letras: A, T, G y C. Esas letras se recombinan en los genes. La genética también se escribe, tiene esencia de lenguaje. Nuestra morfología y nuestro comportamiento vienen determinados por las largas frases de esas cuatro letras del ADN. Esencialmente, somos lenguaje. Hasta en nuestros propios genes.

Relajémonos ahora, restemos solemnidad al momento. Al fin y al cabo, el lenguaje fluye de nosotros de forma natural, casi espontánea. Ha llegado el momento de dedicarnos a ti, a la novela de tu vida, al relato de tu propia existencia. La literatura es mucho más que palabras. Por encima y por debajo de ella está la vida que atesora.

¿Está escrito el futuro?

Nuestro pasado es una historia susceptible de ser contada. Pero, ¿y el futuro? ¿Podríamos construirlo al narrarlo? Si escribiéramos nuestro porvenir sobre el papel, o si le se lo contáramos a alguien, ¿lo estaríamos condicionando de algún modo? ¿Tanta fuerza posee la magia de la palabra y el relato?

Para muchas religiones y civilizaciones, el devenir está regido por los dioses o por los astros desde el principio de los tiempos. Cada persona llevaría grabado su propio futuro desde su nacimiento, y estaría condenado a representar el guión que el

destino escribió para él. Esa idea de la predestinación repugna a la tradición occidental, que gusta del libre albedrío. Pensamos que el fatalismo —hagamos lo que hagamos nuestro destino se cumplirá implacablemente— o la predestinación —desde que nacemos estamos predestinados a un futuro cierto sobre el que no podemos influir— son creencias pusilánimes y resignadas. Estamos convencidos de que somos dueños de nuestro propio destino y ambicionamos gestionarlo. Aristóteles afirmó que nacíamos con un libro en blanco por escribir. Según la predestinación, ese libro ya estaría escrito desde el origen de los tiempos. ¿Qué piensas? ¿Mandas en tu futuro o eres un simple juguete del destino?

Dios, para los creyentes, es omnisciente, conoce el futuro. ¿Somos, entonces, libres de actuar de forma distinta a la que Él vislumbró? Los teólogos recurrieron a complejos silogismos metafísicos para conseguir superar esa paradoja entre libertad y destino. No sé si lo consiguieron con plenitud. Recuerdo una noticia que leí en prensa y que me llamó la atención. Cuando el Vaticano reveló que la tercera profecía de Fátima, largamente custodiada en secreto, hacía referencia al atentado que sufrió el Papa Juan Pablo II, Ali Agca, el autor de los disparos, intentó exculparse diciendo que no era responsable, sino un mero instrumento de la voluntad divina. Se sentía víctima de una mano misteriosa que le empujó al magnicidio. ¿Estaba escrito su destino y él se limitó a seguir el guión impuesto, o fue, por el contrario, totalmente libre en el momento que empuñó el arma homicida? Se trata de un debate apasionante que debemos aclarar antes de adentrarnos en nuestra esencia de escritores vitales. Si todo estuviera ya escrito, seríamos simples copistas, amanuenses forzados por un texto inmutable. ¿Qué sentido tendría entonces que nos esforzáramos en mejorar la escritura de nuestras vidas?

Los avances de la ciencia han enrevesado aún más el debate.

Desde que Einstein descubriera la teoría de la relatividad, sabemos que una máquina del tiempo sería posible, al menos en términos de física teórica. El tiempo, como cuarta dimensión podría —en determinadas circunstancias extremas— ser recorrido hacia el futuro o hacia el pasado, al igual que podemos avanzar o retroceder por las tres dimensiones del espacio. Louis de Broglie afirmó que el pasado, el presente y el futuro constituyen, en verdad, un solo bloque en el espacio-tiempo. O sea que, según los complejos principios de la física actual, convivimos al mismo tiempo en el pasado, el presente y el futuro. La física cuántica nos muestra mundos extraños, que nuestra razón no llega a comprender, por más que las fórmulas matemáticas insistan en su evidencia. Fantappiè, por ejemplo, introdujo la idea de que los fenómenos naturales no dependen sólo de causas pasadas, sino también de las causas futuras. El presente no sólo sería la causa del futuro, sino también su efecto. No sólo construimos futuro, sino que el futuro también construye nuestro presente. Esta reflexión tiene consecuencias prácticas cuando escribes tu propia vida. El futuro que sueñas configura en gran manera tu presente.

Como editor no tengo dudas. Eres tú quien escribes tu futuro. Cada día tomas decisiones que construyen en su conjunto el argumento de tu novela, con sus dudas, sus zozobras, sus aciertos y errores, y siempre bajo el arbitrio de lo inesperado y de los condicionantes propios y extraños. Por todo ello, el resultado de tu novela nunca será idéntico al que planteaste inicialmente, pero tenderá a parecerse si pusiste los medios adecuados para ello. El destino lo escribimos con el rumbo que marcan nuestros sueños y los remos de nuestro esfuerzo, por lo que debemos sacudirnos de encima la pereza del fatalismo.

Algunas teorías postulan que una serie de fuerzas cósmicas se ponen en marcha para ayudarte a conseguir lo que deseas. Según estas tesis, tu destino lo crearías tú al desearlo y

representarlo mentalmente de la manera adecuada. El futuro soñado vendría empujado por los vientos del cosmos. Paulo Coelho hizo famoso el aserto de que cuando alguien deseaba algo, el universo entero confabulaba a su favor para que lo consiguiera. Tienen parte de razón, pero debemos realizar dos matizaciones importantes para pisar suelo. La primera, como veremos con extensión en capítulos posteriores, es que el buen escritor se moldea con esfuerzo y tesón. Nadie —ni siquiera el destino— te regalará nada en la novela de tu vida. Tendrás que escribir línea a línea con el sudor de tu frente. Pero, como segunda limitación, ni siquiera el esfuerzo es suficiente garantía para alcanzar lo que sueñas. El trabajo es la principal fuerza impulsora si está bien orientado, pero, si lo canalizas en un camino equivocado, el insistir con ahínco en el error no hará sino ahondar en el piélago del fracaso. Para avanzar, debes acertar en las principales decisiones de tu vida, así como actuar en coherencia con tus propios deseos.

También es cierto que tu futuro influye en lo que escribes hoy. Tus metas determinan en gran manera tus actos cotidianos. Así construyes el camino que te acerca hasta ellas. Cuando un barco sabe a qué puerto desea llegar, siempre aprovechará los vientos que mejor le sirvan para alcanzarlo. Si, por el contrario, no sabe hacia dónde se dirige, ineludiblemente terminará a la deriva. Cada día se nos presentan dilemas; elegimos entre diversas opciones y la una nos lleva hasta la otra para avanzar sobre una especie de sendero arborescente. Si tenemos una meta o un sueño bien definido, es muy probable que, consciente o inconscientemente, elijamos siempre la opción que nos conduce hacia ella. Saber qué futuro deseamos nos ayuda desde luego a alcanzarlo. Al igual que un observador influye en la cosa observada, nuestra propia idea de futuro influye y compromete el presente. Hacemos muchas cosas hoy para preparar un futuro que hemos decidido. Estudiamos porque

queremos licenciarnos en una carrera, nos esforzamos porque queremos ascender, compramos hoy unos billetes de avión porque soñamos con irnos de viaje en verano. Nuestra idea de futuro condiciona nuestro presente.

A pesar de todo, tu novela no se desarrollará exactamente tal y como la planeas hoy. La vida —afortunadamente— no funciona así. Tu personaje está sometido a condicionantes e imprevistos que no podrás controlar. Tampoco los escritores son por completo libres de escribir la novela que desean. La esencia de sus personajes condicionará su argumento, como tu naturaleza y tu forma de ser condicionará el tuyo. Al igual que les ocurre a los escritores, tenemos múltiples limitaciones para escribir la novela de nuestra vida. Será tu talento de escritor vital el que te hará avanzar por la trama de tu existencia.

La escritura vital nos permitirá gobernar nuestro porvenir hasta el grado que permiten las leyes de la vida. Tu futuro no está escrito, puedes escribirlo en mayor grado del que imaginas.



¿POR QUÉ NOVELA?

Aclaremos el género literario

Hemos hablado hasta ahora de relatos, de historia, de lenguaje, de la fuerza de las palabras. Sin embargo, el título de esta obra afirma categóricamente que tu vida es una novela. ¿Por qué? ¿Acaso no podría tratarse de una autobiografía, una historia, o una suma de cuentos breves?

No es cuento

García Márquez afirma que el cuento y la novela son dos organismos de naturaleza tan diversa que el confundirlos resultaría funesto. No caeremos en ese error, somos conscientes de sus diferencias. En el cuento, cada palabra debe estar medida. Es un género de gran intensidad, mientras que la novela precisa de recorrido y extensión. Tu vida ha conocido esos periodos intensos que parecían haber sido escritos por un cuentista fantástico. Pero también ha recorrido etapas más monótonas, grises, repetitivas. Por eso, es una novela. Vamos a practicar

un juego. Intenta sintetizar tu vida en un texto breve, al modo de un relato o un cuento. Pronto comprenderás que te resulta del todo imposible, jamás podrás condensar tu vida entera. Recuerda que un cuento es algo así como una esencia fruto de una destilación: sólo contiene lo primordial, despojado de todo lo superfluo. Una novela que mantenga una acusada intensidad durante todas sus páginas puede llegar a agotarnos; un relato que no sea intenso, nos aburre. Un relato siempre debe suponer un pellizco de emoción. Debe golpearnos, sorprendernos. Edgar Allan Poe lo definió como una unidad de impresión. Aficionado al boxeo, Hemingway escribió que la novela te gana por puntos y el cuento por ko.

Los personajes con los que compartes la novela de tu vida son muchos y variados, mientras que en el relato han de ser necesariamente reducidos. Borges afirmaba que la trama o la situación era lo más importante del cuento, mientras que en la novela el protagonismo recaía en los personajes. La novela nos permite adentrarnos en su alma. El relato, simplemente nos la apunta.

Ni autobiografía, ni biografía

Podrías pensar que escribes una autobiografía. No es así. La autobiografía sería siempre un retrato parcial —y con frecuencia interesado— de tu propia experiencia. La autobiografía aporta un discurso justificativo sobre lo vivido, mientras que la novela se vive con la pasión del presente y la ilusión o el temor del futuro. La autobiografía, que necesariamente mira hacia atrás, viene dulcificada por el velo del tiempo. Toda biografía miente, y mucho más todavía si es una autobiografía. Las autobiografías son siempre parciales e interesadas por el arrobo y

embeleso de lo propio. En la novela de tu vida no podrás ocultar ninguna miseria ni desmán, ya que son parte intrínseca de tu existencia.

La novela de tu vida la escribes desde las pasiones del presente. Alberto Moravia afirmaba que la novela era una especie de autobiografía, pero elevada por la vida y realizada por las emociones. Tu existencia no es lineal; vives en una canasta trenzada por las mil historias en las que participas. En un solo día se entrelazarán tu vida profesional, familiar, amorosa, social. Mundos distintos con diferentes personajes. Los buenos escritores saben encontrar un equilibrio entre todas ellas para hacer avanzar la historia. Ojalá tú lo hayas logrado en la tuya.

Tu vida tampoco es una biografía, siempre escrita por un tercero. Tú vives en primera persona, mientras que es una voz externa la que escudriña en la vida del biografiado. Aunque toda biografía encierra un remoto espíritu de novela, no debemos confundirla con la que vivimos cada uno de nosotros. Michel del Castillo es categórico cuando escribe que la biografía no es más que una serie inacabada de tentativas que aspiran a sumar las experiencias de una vida. Nunca lo logrará por completo. La potencia de la novela sí que consigue ligar los recuerdos, las impresiones, e, incluso las fabulaciones, en una narración orgánica que las trasciende y sublima.

Tampoco historia

Mientras se vive —me argumentan con frecuencia—, se protagoniza una novela, pero, una vez que fallecemos, nos convertimos en un libro de historia. Tampoco es cierto. Insisto en la idea de novela. ¿Por qué? Porque la novela profundiza en la naturaleza psicológica y pasional de sus protagonistas, mien-

tras que son los acontecimientos externos los que configuran la historia. La novela se preocupa del hombre y de la mujer, mientras que la historia se centra en la sociedad o la civilización. La historia ambiciona reflejar qué ocurrió en el pasado y cómo se vivió durante cada época, mientras que la novela —incluso la histórica— bucea en las pasiones de sus protagonistas. La novela explora las profundidades del alma humana, arroja luz sobre la oscuridad nunca profanada por la historia. Hermann Broch repetía que la novela que no mostraba una parte hasta entonces desconocida de la existencia era inmoral. El conocimiento existencial es la única moral de la novela. Trata de lo particular y la historia de lo general.

No resulta tan fácil separar la historia de la ficción. El trabajo de los historiadores nunca llegará a ser una ciencia totalmente objetiva, dado que encierra una componente de relato de la que no podrá sustraerse. La propia historia también tiene esencia parcial de relato, por más que aspire a basarse en hechos y personajes reales. Veyne demostró la imposibilidad de una historia absolutamente científica al comprender su inevitable estructura discursiva. Esta visión irrita a los que pretenden una historia única y objetiva. Nunca la conseguirán. La historia es, ante todo, un relato organizado de forma comprensible, escrita, además, según interpretaciones posteriores a los hechos que pontifica. Por eso, en el futuro, no seremos historia; a lo más, nos habremos convertido en novela histórica.

Aunque nuestra vida es original y única, no deja de ser, de alguna forma, la vida de todos nuestros contemporáneos. Cabalgamos sobre el siglo, somos hijos de nuestro tiempo. Por eso, cuando seguimos las peripecias del protagonista de una novela, nos contaminamos de los valores de su época. La novela de la vida de cualquier persona es la puerta a lo universal de su momento. Nadie escapa a los vaivenes, convenciones y requerimientos del tiempo en que le tocó vivir. La novela se hace

desde lo privado, pero tiene una ineludible vocación pública. Cada vida, en el fondo, es un reflejo de la historia universal. Heidegger caracterizó la existencia humana mediante su conocida fórmula de *ser en el mundo*. El hombre y su mundo están tan estrechamente vinculados como el caracol y su concha: el mundo forma parte del hombre, y el hombre del mundo. Si cambia el mundo, nosotros cambiamos con él. Jamás podremos sustraernos a esa realidad que nos limita y define.

Ni comedia, ni filosofía, ni cine

H.G. Wells, en su *Experimento en Autobiografía*, consideraba que la vida de cualquier creador intelectual se acercaba necesariamente a la comedia, debido a las grotescas transiciones desde lo sublime hasta la más baja necesidad. La novela de nuestras vidas tiene, al modo de Wells, episodios cómicos, pero también trágicos; supera, por tanto, la limitación contradictoria de la comedia. No es comedia, por más que la sabiduría vital nos aconseje no tomarnos demasiado en serio las realidades cotidianas. Reírse de uno mismo y matizar con sentido del humor los sinsabores de la existencia supone una terapia del todo recomendable.

Milan Kundera declaró que la sabiduría de la novela es diferente a la de la filosofía. La novela no nació del espíritu teórico, sino desde el sentido del humor. Véase si no *El Quijote*. El Hombre piensa, Dios ríe. La literatura y la novela no son tributarias de los dogmas ni de las certezas ideológicas; antes al contrario, suelen contravenirlas. Esa es su paradoja y, al tiempo, su belleza y fortaleza. La novela nos seduce por esos irracionales sentimientos que tan cerca sentimos de nuestro corazón.

Y, para finalizar con este esfuerzo taxonómico, aún podrías contraatacarme con el clásico asunto de que tu vida es como una película de cine, no como una novela. Que te ves en imágenes, pero no en un texto. Olvidas que el cine es un lenguaje visual cuyo esqueleto es un guión, un relato escrito. Saul Bellow, autor de *Carpe Diem*, advirtió que la novela no sólo muestra el exterior, sino también el interior de los personajes; en las películas se puede intuir, pero jamás tomar posesión de él. Habrás comprobado que las películas son siempre más limitadas que las obras que las inspiran. Milan Kundera ya escribió que el espíritu de la novela es el espíritu de la complejidad. Cada novela le dice al lector que las cosas son más complicadas de lo que parecen, al punto de que ni una pantalla de cine ni de televisión son capaces de cobijarlas.



TU PERSONAJE A ESTUDIO

¿Quién es tu personaje?

No es nada fácil responder a esta pregunta. En principio tu personaje es esa figura que protagoniza la novela de tu vida a través de sus acciones. Es la que observas cuando ves tu vida desde fuera, y la que reconocen los que te rodean. Tu personaje es tu *yo* actor, el que actúa ante los demás.

El concepto de personaje genera cierta repulsa. Para muchos, es la careta que nos ponemos para representar un papel ante la sociedad. Podríamos, por tanto, encarnar tantos personajes como caretas poseyéramos. Veremos que no es así. Primero, porque no resultaríamos creíbles a largo plazo y, segundo, porque nos generaría una ansiedad psíquica patológica. Es posible que durante un tiempo puedas engañar a alguien, pero te resultará imposible conseguirlo con todos siempre. A largo plazo, siempre termina aflorando el personaje que en verdad te representa.

Todos tenemos a nuestro personaje en movimiento por la novela de nuestras vidas, en la que también actúan los personajes de los demás. Bajo cada uno de ellos se encuentra la persona,

que es mucho más difícil de definir y conocer. Al personaje lo vemos, a la persona tan sólo podemos llegar a intuirlo. Lo único que constatamos de los demás es lo que nos muestran a través de su comportamiento, acciones y palabras. En suma, su personaje. En la novela de tu vida no tratas con personas, sino que te relacionas con sus personajes, tal y como los demás no se relacionan contigo, sino que lo hacen con tu personaje, con esa figura que tú les muestras a través de tus conductas.

No resulta fácil definir el concepto de persona. Para Jung, una persona es el concepto que íntimamente se tiene de uno mismo, de lo que quiere ser y de cómo quiere ser considerado por los demás. Para no adentrarnos en disquisiciones complejas, definiremos a tu persona como quien tú crees que eres, con tus capacidades, valores y motivaciones, mientras que tu personaje sería el que determina tu comportamiento. Tu persona supone un secreto que sólo tú crees conocer, mientras que tu personaje es lo que los demás pueden ver de ti, tu fachada visible. Aunque te sorprenda, es más que probable que no conozcas bien a tu personaje, ya que tu propia idea de persona te lo oculta, tal y como analizaremos en capítulos posteriores. Dedicas mucho tiempo a mirarte en el espejo de tu propia subjetividad y muy poco a analizar el reflejo de tus acciones ante los ojos de los demás. ¿Cómo te acercas mejor a tu propia realidad? ¿Indagando en cómo piensas que eres, o valorando lo que haces cada día?

Me podrás argumentar que no posees un único personaje, sino varios, ya que no te comportas de igual manera en cada uno de los círculos en los que te mueves. Puede ser. Pero tendríamos que matizar varios aspectos. Primero, el rol. Un personaje puede asumir roles distintos en varios grupos, sin dejar de ser el mismo. Segundo, si representas personajes realmente diferentes en diversos ambientes (algo realmente difícil de mantener a largo plazo) por interés, por deseo de engañar,

o por simple patología, esa multiplicidad de conductas también está definiendo la complejidad de tu personaje. A lo mejor engañas a otros, pero no te puedes engañar a ti mismo. Sólo tú conoces la secuencia completa de las acciones de tu personaje. A los demás les muestras una fracción de ellas, mientras que otras muchas les quedan ocultas. Debes observarte desde fuera para evaluar tu comportamiento global y aprender a verte en los ojos de los demás. La interacción de ambas acciones te permitirá conocerte mejor. En la mayoría de los casos, tu personaje es reconocible en sus formas básicas por todos los que te conocen, aunque frecuenten ambientes distintos. En lo fundamental, tenemos un comportamiento más homogéneo de lo que podemos creer.

Más allá de la realidad física, la noción de persona es súbdita del reino del espíritu y de la mente, mientras que el personaje lo es de la república de la acción. ¿A quién hablo a través de estas líneas? Pues a tu persona. ¿Con qué fin? Pues para que reconozcas a tu personaje y puedas gobernarlo y mejorarlo. Ambas figuras interactúan de forma continua y se desarrollan en paralelo. Veamos, por ejemplo, la cadencia generada por esta lectura. Por algún motivo, el libro de la escritura vital llamó la atención a tu persona (decisión íntima). Tu personaje lo adquirió o lo pidió prestado, y se sentó a leerlo (acciones visibles por un tercero). Las ideas que se contienen dialogan con tu persona (reflexión interna). Si decides seguir algunos de sus consejos y los pones en marcha, será tu personaje quien lo ejecute, lo que te definirá ante los demás.

Eres un personaje de novela. Y, debes saber que, a los efectos de este libro, tú no eres tu personaje, pero tu personaje sí eres tú, como veremos a continuación.

Cómo soy, cómo me veo, cómo me ven: la esencia de tu personaje

En 1927, Heisenberg descubrió que resultaba del todo imposible determinar simultáneamente la velocidad y la posición de las partículas que estudiaba. Acuñó el *Principio de Incertidumbre*, que afirma que el propio acto de medir afecta al resultado. El observador y lo observado no son realidades ajenas, ya que interactúan entre sí, interfiriéndose en mayor o menor grado. Igual nos ocurre a nosotros. Al analizarnos resultamos, simultáneamente, observadores y observados. Nunca podremos hacer una descripción exacta de cómo somos, porque el cómo nos vemos interfiere severamente en nuestra valoración.

Un buen novelista sabe que debe caracterizar psicológicamente a sus personajes. Los maestros en la escritura los muestran sutilmente a través de su comportamiento, sin necesidad de describirlo explícitamente. No nos cuentan *cómo* son, sino *lo que hacen*. Y comprendemos sin más; somos los lectores los que descubrimos su profundidad y esencia al seguirlos a lo largo de la trama. Te formas una idea del personaje al ver lo que hace y lo que dice. Igual les ocurre a los demás contigo. No conocen a tu persona, conocen al personaje que tú muestras al exterior.

No eres como te ves, ni mucho menos como crees que eres. Raymond Carver escribió al respecto una frase que me impresionó y que ya cité antes: «Tú no eres tu personaje, pero tu personaje sí eres tú». En efecto, piensas que eres una persona distinta a la que los demás ven. Que posees un interior mucho más rico, complejo y sensible del que aprecian los que te circundan. Que nadie te conoce bien. Escucho con paciencia tu opinión equivocada. No tienes razón. Tú no eres como crees que eres. Eres como actúas. Lo que los demás ven de ti es el personaje que has construido con tu conducta. Tu personaje